

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

# La omnipresencia de Hassan

En la vigente Constitución se define a Marruecos como un Estado árabe integrado en el Gran Magreb y organizado en una monarquía social, democrática y constitucional. El poder ejecutivo máximo, total, lo ostenta el sultán, el rey Hassan, que es además el dirigente supremo de los creyentes en el país, su guía espiritual. En el Ejecutivo, los ministros acatan siempre sus decisiones.

Hassan controla asimismo el poder legislativo, la Cámara de los Diputados que, en teoría, debería controlarle a él. Dos tercios de los parlamentarios son elegidos por sufragio universal, falseado y, como me explican en el Rif, tele-dirigido; y el otro tercio lo es por voto corporativo, muy fácil de manejar. En cuanto al poder judicial, magistrados y jueces tienen fama de ser muy corruptibles, y los que no lo sean poca independencia pueden tener ante tal acumulación de poder en manos un monarca dictatorial.

Hassan no es nada querido en el Rif, en donde tiene, como en muchos otros lugares de Marruecos, un gran palacio ajardinado y rodeado por una muralla, muy cerca de Nador, palacio por estrenar, pues nunca lo ha ocupado; pero está ahí, me cuentan, por si algún día se decide a venir y habitarlo, aunque sólo sea por unas horas. Al sultán se le reconoce astucia (todos recuerdan cómo hizo asesinar a Ben-Barka y a Ufkir, y también recuerdan los fusilamientos de jefes y oficiales del ejército en Kenitra, que oprobiosamente retransmitió la televisión a todo el país), versatilidad y agilidad en la toma de decisiones, a veces precipitadas, pues le han traído más de un problema. Su régimen es policiaco, son numerosísimos los miembros de sus servicios de información, sin uniforme, claro, y hay toda una red de soplones a sueldo que cubre cada barrio o kabila.

Todo esto reduce, por miedo, el marco de libertad de los partidos políticos. Aunque la Constitución garantiza su existencia, el horizonte de actuación de los partidos es muy limitado; incluso los partidos en teoría de izquierdas, como el Istiqlal, los socialistas y los comunistas, están bien sujetos: son la "oposición a su majestad", acongojados por la dictadura nacionalista de Hassan y su poder como dirigente espiritual. En la fachada de una sede del Istiqlal puede leerse este eslogan: "La Illah illa al-Láh" ("No hay más Dios que Alá"). La cosa es seria. Hassan se muestra como el primer creyente, hace guardar y guarda celosamente las leyes islámicas, el Ramadán se cumple a rajatabla. Pero por otro lado no tolera, y frena y reprime, la oleada fundamentalista que ya ha inundado la vecina y empobrecida Argelia.

El nacionalismo y el islamismo de Hassan,

por lo pragmático, no sólo no impide, sino que propicia que Estados Unidos y Francia vean en él un aliado fiel: cede bases militares, favorece la inversión de capitales, crea puestos francos y polos de desarrollo ventajosos para las multinacionales, alienta y participa él mismo o su familia en la creación de sociedades mixtas... Pero estas medidas se ven frenadas por las insuficientes infraestructuras del

peor y la solución de emigrar a Europa se ha vuelto imposible. Lo peor son las expulsiones, las repatriaciones forzadas como las que practica España. Y encerrados en sus fronteras, muchísimos marroquíes malviven de pequeños apañitos y de infinitas y variadísimas prestaciones de increíbles servicios. Casi todo es economía sumergida. Existe la mendicidad, pero el espectáculo de gentes famélicas no lo

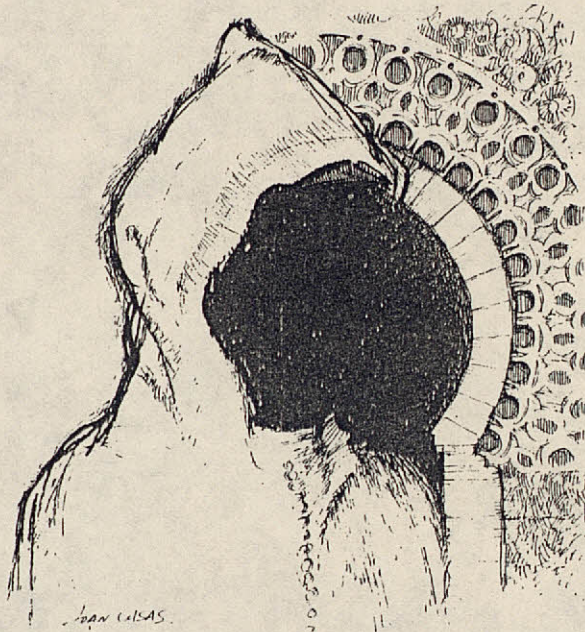
he visto, quizás porque el hambre ajena no se percibe. En el Rif viven muchas personas del contrabando, ése sí visible y más o menos tolerado por la corrupción de la policía, y se vive también de las plantaciones de cannabis sativa y de la exportación clandestina de hachís.

Los aciertos internacionales de Hassan, que los ha tenido, aunque siempre bajo la sombra protectora de norteamericanos y franceses, a los que sirve dócilmente—fue el primer país árabe en enviar un contingente de soldados, unos mil seiscientos, a Arabia Saudí, para reforzar su frontera con el invadido Kuwait—, se igualan a sus fracasos: la República Árabe Saharaui Democrática—el Frente Polisario, para entendernos—ha sido reconocida por la Asamblea General de las Naciones Unidas y le ha impuesto un referéndum en la zona, basado en el censo de habitantes realizado por España antes de la marcha verde; también la OEA (Organización de Estados Africanos) ha reconocido a la RASD como miembro o Estado soberano. Naturalmente, Has-

san intenta hacer pasar por saharauis a la gente que sea y eso no lo admite el Polisario. El estira y afloja de las conversaciones en Ginebra va para largo: Hassan gastó y gasta en esa guerra más de lo que podía en principio imaginar y no quiere hacer el papelón.

Tiene también pendiente el contencioso con España sobre los enclaves de Ceuta y Melilla. Hay quien opina, en España, que durarán lo que dure la ocupación británica de Gibraltar; otros, tanto en España como en Marruecos, creen que ambas situaciones son problemas independientes que, lógicamente, no están en función uno de otro; y hay también listillos que dicen que Ceuta y Melilla son bazas de Hassan para chalanear jugando con el problema pesquero o solicitar ayudas económicas. Pero lo cierto es que la población marroquí siente como parte de su territorio esos enclaves, cuya recuperación reivindica permanentemente. Sobre la solución caben muchísimas conjeturas.

Mientras tomaba notas para este artículo, leí en una ladera pelada, junto a la carretera, un escrito en letras enormes formado por piedras encaladas: "Ab-Láh Al-Watan Al-Málik" ("Dios, patria, rey"), y la memoria de su similitud con otro eslogan carlista durante y después de la última, espero, guerra civil española me produjo un escalofrío, qué quieren que les diga. ●



JOAN CASAS

**EL PRAGMATISMO**  
 marroquí cede bases militares,  
 favorece la inversión  
 de capitales, crea puestos  
 francos y polos de desarrollo

país, sobre todo en transportes y comunicaciones, que funcionan muy mal. También escasean técnicos marroquíes cualificados, directivos y especialistas.

El turismo es una buena fuente de ingresos, y se ha desarrollado notablemente, pero queda muchísimo por hacer. De todos modos, millares de europeos y americanos se vuelcan sobre un hermoso país que, además de ofrecerles ciudades y lugares para ellos exóticos, tiene una población amable y acogedora. Bajarse al moro, como dicen las y los jovencitos cavernosos en Madrid, es una moda que va a durar, y eso es bueno, pues un país cerrado impide toda evolución económica y política, y Marruecos necesita y desea, aunque calle, la evolución.

Hay paro, mucho paro. También lo hay en España, pero en Marruecos es muchísimo